

El Centenario de un dantzari

por

José Manuel Imaz

Et David saltabat totis viribus ante Dominum: porro David era acciunctus ephod lineo.

Y David danzaba con todas sus fuerzas delante del Señor; y estaba David revestido de un efod de lino.

(Segundo Libro de los Reyes, Cap. VI, verso 14.)

Recostada en la falda del Aralar, junto al camino que desde Zaldivia conduce a la Sierra Vascongada, hay una casa, una de esas casas guipuzcoanas limpias y de modesta apariencia, que ha sido este verano etapa final de las peregrinaciones de los guipuzcoanos amantes de las costumbres y de las tradiciones de nuestro pueblo. En aquella casa nació y murió hace cien años, un bailarín, un *dantzari*. Ni más, ni menos. Y no hay que escandalizarse, por más que a no pocos les parezca trivial la persona y frívola la conmemoración. La hormiga se escandalizaba de la alegría de la cigarra y a muchos "hormiguitas" de nuestro tiempo es natural que no les parezca cosa seria esto de conmemorar efemérides de un bailarín. Pero si a los vascos se nos ha definido—un poco despectivamente—como un pueblo que salta y baila en los Pirineos, nada más en su punto que celebrar la memoria de un bailarín. Y no un danzante cualquiera, sino el bailarín por antonomasia: el primero—y único—teorizante, tratadista e historiador de nuestros bailes populares y uno de los raros escritores folkloristas de su tiempo en opinión de Bordes, que recoge el P. José Antonio de Donostia en el prólogo de la edición de la música de las danzas que, por encargo de la Sociedad de Estudios Vascos, preparó y dirigió el ilustre capuchino. El mismo resume lo poco que sabemos de la vida de Juan Ignac de Iztueta; a saber, que nació el 29 de noviembre de 1767, siendo el tercero de los siete hijos que tuvieron sus padres José de Iztueta y María Ignacia Echeberría, naturales ambos de Lazcano, que contrajo matrimonio, el 11 de enero de 1790, con María Joaquina Linzuain y que falleció el 18 de agosto de 1845 en su casa natal de "Iztuetaenea." Este

nombre debió dársele, probablemente, en homenaje al autor del libro de las danzas que en ella nació y murió, pues con anterioridad se denominaba "Kapagingegi." Fué Iztueta hombre de humilde condición que, sucesivamente, ejerció diversos oficios manua'es, hasta que el Ayuntamiento de San Sebastián le concedió un modesto empleo en el Servicio de Policía municipal. Así se deduce de la comunicación número 442 de la Sección de Intendencia de Policía de la Provincia de Guipúzcoa, que, copiada en la parte que aquí interesa, dice: "Apruebo los nombramientos que han hecho Vms. para celadores en D. Juan Ignacio de Iztueta, y Juan Bautista de Chamón vecinos de esa ciudad bajo el reglamento que se les formará por Vms., y con el sue'do de diez reales diarios pagados de fondos de Policía, y cuando se forme el reglamento, cuidará Vm. de remitirme una copia para mi conocimiento. Dios gue. a vm. muchos años. De mi Diputación en la N y L Villa de Azcoitia 16 de Octubre de 1824. Joaquín M.^a de Lersundi. Por la M. N. y M. L. Provincia de Guipúzcoa, Juan Baupt^a de Arrizabalaga. Sr. D. Franc^o Borja de Larreandí, Diputado gral. y Subdelegado de Policía Sn. Sbn." (1) El distinguido escritor don José María Donosty cree que Iztueta desempeñó aquel empleo en la Puerta de Tierra. No aparecen muy claras las funciones anejas al cargo que se dió a Iztueta, de quien no he visto entre los papeles de San Sebastián más noticia que la que se da en el documento a que me he referido. Consta con bastante seguridad que Iztueta residía en San Sebastián, por lo menos, desde 1819 y que se le dió el cargo de enseñar los bailes a los jóvenes de la ciudad y al tamborilero las tocatas antiguas. No es aventurado suponer que Iztueta, que no estaría sobrado de fondos, recibiese aquel nombramiento a título de ayuda o subvención; adviértase que no existía un reglamento preestablecido.

De su matrimonio contraído a la temprana edad de veintitrés años —temprana para nuestras costumbres, no tanto para las de hace un siglo—y aunque en ninguna parte he visto noticia ni referencia de la muerte de su mujer, debió enviudar, relativamente pronto, para casarse años más tarde, muy probablemente mediada ya su vida, con Concepción Bengoechea, de Azpeitia, que es la *Kontzetxi* de la conocida poesía

(1) Archivo de la Ciudad de San Sebastián; Sec. A, neg. 10, ser. III. Leg. 1, expte. 2.

recogida por Manterola en su Cancionero. Cómo y cuando conoció Iztueta a esta mujer, es, por lo menos, aventurado conjeturarlo. Parece, sin embargo, bastante claro que cuando escribió la citada composición no estaban casados todavía. Por cierto, en esta canción aparece el punto más oscuro de la vida de Juan Ignacio de Iztueta. En ella se lamenta de la separación de su amada por seis años de prisión.

Esperantzetan bici, maite gozoa,
 Noiz bat cumplituco da gure plazoa,
 Eta orduan,
 Gauza charric ez artu buruan;
 Lengoai utzi,
 Ez degu pasatzen pena guchi;
 Preso sei urtez.
 Onduco gaituzte nere ustez. (1)

Extraña prisión esta, de la que no tengo más noticia que la escueta que da Gorosábel, que afirma que dicha canción la escribió Iztueta preso en la cárcel de la Inquisición de Logroño. ¿Qué es lo que pudo llevar a Iztueta ante el Tribunal de la Fe? De la lectura de sus libros no se deduce que hubiera profesado ideas que le hicieran sospechoso al severo tribunal, cosa que, por otra parte, no se explica fácilmente en un hombre de su nivel intelectual. Supone Donosty que *Kontzelxiri* fué escrita el año 1805; siendo así, pudo haber sido encarcelado entre 1798 y 1799, reciente aun la guerra con la Convención. ¿Habría sido acusado de simpatizar con las ideas del invasor? O acaso—dada la vida un tanto borrascosa que parece que llevó—fué encausado por alguno de aquellos delitos, no precisamente ideológicos, reservados al Santo Oficio? Es este un pequeño enigma que sólo puede aclarar una investigación en los papeles de la Inquisición de Logroño que, si no se perdieron, deben conservarse en el Archivo Histórico Nacional.

Sea de ello lo que fuere, volvamos al *dantzari* que es lo más destacado de la personalidad de Iztueta y lo que le da el relieve que justamente ha adquirido.

Parece averiguado que desde muy joven practicó con sorpren-

(1) Manterola: Cancionero vasco, tomo I, pag. 43.

dente agilidad los bailes conocidos en su pueblo natal, y que formó cuadrillas de jóvenes y de niños al frente de las cuales ejecutaba las antiguas danzas del país. El deseo de extender sus conocimientos en el arte que cultivaba, o, si se quiere, de ampliar el repertorio de su compañía—sin gran esfuerzo imaginativo se puede suponer que los *dantzaris* de Iztueta serían número poco menos que obligado en las fiestas de Za'dibia y aun de los pueblos del contorno—le llevó a recorrer el suelo natal recogiendo de las tradiciones cuanto se refería a las danzas, oyendo a cuantos pudieran informarle, aprendiendo danzas y pasos de baile, canciones y tocatas. No era mala la cosecha; pero no todo eran satisfacciones en sus correrías por la tierra guipuzcoana. Ciertamente que conocía la geografía de la provincia como la palma de la mano, y de ello dejó prueba abundante en sus escritos, porque muchas veces se había extasiado en la contemplación del idílico paisaje de esta tierra, no afeada todavía por tantas chimeneas y tan horribles construcciones; cierto que había aprendido muchas cosas que ignoraba, pero comprobaba con dolor la decadencia de las tradiciones que tanto amaba. Más de una vez comentaría con sus contemporáneos aquellas pérdidas; más de una vez, también, le dirían, como ahora suele decirse, que sí, que era muy triste pero inevitable porque el progreso de los tiempos... las nuevas ideas... Pero Iztueta no comprendía muy bien por qué el progreso de los tiempos había de arrastrar al olvido cosas que eran buenas, que eran bellas, que eran, sobre todo, muy nuestras y por serlo las llevaba él tan dentro de su alma enamorada del país natal.

Porque Iztueta ya no cultivaba el baile como una diversión más o menos típica, más o menos frívola; eso pudo ser, fué, sin duda, en los años mozos; a medida que iba recogiendo danzas y pasos, *zortzicos* y tonadas, su afición se acendrabá, se decantaba, descubría el sentido íntimo, profundo de los antiguos bailes—su significación misteriosa, como dice en su libro. Iztueta, con intuición admirable, cree que la danza debe expresar ideas y sentimientos ya que “bailar—nos dirá en su Historia de las danzas—no es otra cosa que cantar con los pies.”

Mas no sólo el paso de una a otra edad empujaba al rincón del olvido las bienamadas tradiciones; otra causa había para que las antiguas danzas fuesen dejadas de lado. Y esta sí que era dolorosa; como que provenía nada menos que de los que debían ser los mantenedores

del fuego sagrado. Los modestos juglares, los que de padres a hijos se transmitían las viejas melodías, iban siendo desplazados por los *chistularis de escuela*, como, irónicamente, los llama Iztueta, los cuales desdeñando aquellas rústicas composiciones introducían aires exóticos. Ni la denominación de tamborileros les agradaba; no debía extrañarse de ello el buen zaldibiano, pues él mismo había podido observar que... se olvidaban del tamboril por parecerles, sin duda, cosa adjetiva y sin importancia: lo importante era lucir sus habilidades con el *chistu*. El, Iztueta, no sabía mucho de las cosas de que le hablaban aquellos infatuados musiquillos; pero *sabía* que antes que el silbo fué el tambor. Porque *sabía* que el baile es ritmo.

No, aquello no podía ser. Los bailes antiguos, tan ceremoniosos, tan dignos, tan alegres, tan bellos, no podían relegarse al olvido. Y para que no se perdiesen para siempre, para que no se olvidasen, a los cincuenta y siete años junta todos sus recuerdos, todo lo que ha visto, todo cuanto ha practicado y el que aprendió a leer *ozta, ozta*, esto es, con dificultad, como él mismo dice, lo recoge en un libro que, desde su publicación, ha merecido singular aprecio.

Observa Gascue discretamente que Iztueta exageró si duda su ignorancia. Nadie pretende que fuera culto; pero no puede aceptarse el calificativo de hombre rudo y sin letras que alguien le ha dado; los dos libros que nos ha dejado revelan que fué de inteligencia despejada y de bastante lectura dada su condición, que conocía las principales obras de su tiempo referentes al país, cosa que, acaso, no pueden decir algunos guipuzcoanos del día y de mayor instrucción que nuestro *dantzari*.

Iztueta escribió en buen euskera; en estilo, generalmente, ágil y suelto; más de un trozo, al decir de don Carmelo de Echegaray, "se podrá citar cuando quiera como verdadero modelo del buen decir."

La Historia de las danzas, libro verdaderamente ameno e interesante, es un manantial de noticias del folklore guipuzcoano; porque Iztueta no se limitó a las danzas, aunque de ellas tratase especialmente; en las páginas de su libro ha recogido, también, noticias sobre juegos y diversiones, junto con observaciones sobre cosas y costumbres que vió en sus constantes correrías por los pueblos y aldeas de Guipúzcoa. Y como el observador era sagaz y hablaba de lo que por haberlo visto, no una, sino muchas veces, le era muy familiar, así este

libro como la Historia de Guipúzcoa, que escribió poco antes de su muerte, son documentos del mayor interés para conocer aquella Guipúzcoa que nos parece hoy tan lejana. ¡Tanto es lo que ha cambiado en poco más de un siglo!

En tres partes dividió Iztueta su libro; en la primera hace la historia de los bailes y de su antigüedad y trata de cómo se interpretaban; la segunda es una lamentación del olvido en que iban cayendo, hasta el punto de que una de las danzas, le *Chipiritona*, sólo la vió una vez, hacía de ello cuarenta y cuatro años, un día de Santa Ana, por la tarde, en que la bailaron en la plaza de Villafranca don Juan Bautista de Ubillos y don Juan Cruz de Sempertegui con sus señoras; porque en aquella edad, para el autor dichosa, los señores no desdeñaban el bailar en la plaza las danzas del país. Por último, en la tercera parte expone paso por paso y punto por punto las reglas para bailar correctamente las treinta y seis distintas danzas que alcanzó a conocer. Reglas precisas, concretísimas, que indican desde el compás de la música con el cual ha de hacerse la entrada o dar el primer paso, hasta el modo de ejecutar giros y cabriolas; reglas meticulosas en que se cuenta el número preciso de pasos y puntos que ha de ejecutar el bailarín, las normas de cortesía a que ha de someterse para invitar al baile a la mujer y las ceremonias que han de guardarse al hacer los saludos y reverencias.

Observa Ormaechea (1) en la letra de las canciones de las danzas, publicadas dos años más tarde, una aportación personal de Iztueta distinta del elemento genuinamente tradicional que añadió el luetista distinta del elemento genuinamente tradicional que añadió el compilador, en general, con buen criterio, aunque sin hacer constar qué parte era la corregida o añadida por el folklorista, cosa que no puede extrañar en la época en que escribió en que no se afinaba en estas materias como en nuestros días.

Más la labor de Iztueta como conservador de las danzas no se concretó a escribir su historia y recoger sus cánones; el libro no estaba completo sólo con la música, que publicó dos años más tarde;

(1) Nicolás Ormaechea: 'Iztueta y sus canciones. El elemento tradicional y la aportación personal de Iztueta en la letra de las canciones de "Gipuzkoa'ko dantzak". En EUSKAL-ESNALEA, XXI^og. urtea, 1931-11beltza. 325^og. zenbakia. Págs. 9-16.

hay en él instrucciones para los tamborileros y descripción de los vestidos que se usaban para algunas de las danzas; indicaciones de los días en que se ejecutaban y de las personas a quienes correspondía iniciarlas: algunas hay tan ceremoniosas que sólo el *alkate jauna* podía hacerlo.

Pero ni aún así hubiera estado completa su obra. Iztueta, consumado *dantzari*, fué la ilustración viviente de su libro; mientras pudo, él mismo las bailó; cuando, con los años, fué perdiendo la extraordinaria agilidad que le hizo excepcionalmente apto para el bai'e, el que a tantos enseñó las danzas guipuzcoanas, escogió los más diestros de entre sus discípulos para que fuesen sus continuadores; el más distinguido fué Olano, quien a su vez transmitió sus enseñanzas a Pujana, que es hoy el mantenedor más caracterizado de los antiguos bailes. Hace unos meses le ví en Vergara enseñando la *makil dantza* a unos *mutikos* con el mismo entusiasmo con que le veía en los años, ya poco lejanos, de mi niñez adiestrar a los *dantzaris txikis* para la fiesta donostiarra del árbol de San Juan. Hasta el destartalado desván en que desempolvaba viejos legajos de antiguos escribanos, llegaba, entre el golpeteo de los palos, la voz cascada del viejo maestro que, a falta de *txistu*, acompasaba los movimientos de los pequeños bailarines cantando. ¡Cuántas veces se habría dado igual escena en la placita que se extiende delante de la casa de *Kapagindegí*! Pero allí el maestro era Iztueta. Sin embargo, en Vergara, en el patizuelo del caserón que alberga Juzgado y Escuelas, no lejos del Real Seminario, suyo solo nombre es una evocación de la Guipúzcoa dieciochesca, la ilusión era casi perfecta.

Pasaba ya de los setenta años. La paz, la quietud de valles y montañas que tantas veces había recorrido, hallábase perturbada; ya no alegraban la sosegada vida de villas y aldeas los bailes al son del tamboril. Divididos en dos fracciones, los guipuzcoanos se hacían cruda guerra. No había lugar para el *dantzari* porque la gente no estaba para fiestas. Iztueta esperaba en Zaldibia el término de la contienda que llegó, por fin, con el abrazo de Vergara. Presintiendo, acaso, que sus días se acababan, escribió su *Condaira*. Historia candorosa, parece innecesario decirlo, en la que su afecto a la tierra se exp'aya repitiendo, casi a la letra, el relato de otro buen guipuzcoano: el Bachiller Zaldibia. No carece de valor sin embargo; lo que él vió está fielmente reflejado en

estas páginas amarillentas que, penosamente, fué llenando el pulso trémulo del anciano. Fué el último obsequio que su acendrado amor al solar nativo ofreció a Guipúzcoa y a sus paisanos.

Provinciaco gende leial ta arguia;
Maite dezutelaco ceuen sort-erria;
Esquiñitzen dizutet eucaraz jarria
Ama Guipuzcoaren bicitza garbia.

“Don Juan Ignacio de Iztueta murió el día 18 de Agosto de 1845, siendo de edad de 78 años, y escribió esta obra en los tres últimos de su vida, teniendo temblorosa la mano, como se deja conocer por la misma forma de la letra. Tolosa 31 de Diciembre de 1847.” Con esta nota, escrita y firmada por don Ramón de Guereca, autentificó el Secretario de la Provincia el autógrafo que se guarda en la Biblioteca de la Diputación. ¡Lástima que quien tan cerca del autor vivió no añadiese algunas notas sobre su vida!

Y un día, ahora hace un siglo, la vida de aquella alegre cigarra se extinguió plácida, suavemente, pensando en lo que había pensado toda su vida: en sus bailes.

El día 7 de octubre, en su pueblo natal, se rindió homenaje a la buena, alegre memoria del *dantzari*. No es de este lugar la crónica de los actos celebrados en Zaldibia. Sí creo deber decir, sin embargo, que sería el mejor colofón del centenario que acabamos de celebrar la reimpresión del libro de las danzas—la edición de 1824 se ha hecho rarísima—acompañada de una esmerada traducción y convenientemente ilustrada. Lo merecen por igual los antiguos bailes guipuzcoanos y Juan Ignacio de Iztueta que los salvó del olvido y nos los ha conservado.

